

Hambre, emociones y políticas sociales

Por María Victoria Sordini¹

Introducción

En estas líneas, celebramos las treinta publicaciones ininterrumpidas del Boletín Onteaiken en las que se construyó un espacio interdisciplinario para hacer Ciencias Sociales. La pluralidad de los debates y miradas epistémicas, teóricas y metodológicas nutren sus artículos y constituyen un prisma para observar y comprender la realidad social. Diversas investigaciones convergen en las intersecciones del realismo crítico dialéctico, la teoría crítica y la hermenéutica (Scribano, 2012; Quattini, 2015) para comprender la complejidad de la estructura social desde la sociología del cuerpo/emoción. El nombre del Boletín Onteaiken se interpreta como “travesía”. Tal como lo hacían los tehuelches, *onteaiken* implica recorrer las extensas estepas patagónicas con conocimiento sobre el territorio y organización comunitaria. Es decir, una travesía sobre un recorrido en común por el campo de conocimiento de las ciencias sociales. Una travesía que el grupo de investigación del Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social, del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, transitó con múltiples preguntas promoviendo el debate, el intercambio y la divulgación del conocimiento social.

El objetivo de este trabajo es recorrer los itinerarios teóricos y empíricos que en la trayectoria del Boletín Onteaiken permitieron guiar la reflexión y comprensión sobre el conflicto del hambre. Para ello se esbozarán los lineamientos teóricos centrales que definen al hambre como un problema que se estructura en la depredación de los bienes comunes, la expropiación de las energías y la regulación de las sensibilidades (Scribano, Eynard y Huergo, 2010; Scribano, 2015). En segundo lugar, se planteará cómo las energías corporales mapean horizontes de acción posibles. Luego, a partir de algunos ejes de análisis que se vienen desarrollando desde el Grupo de Estudios de Políticas Sociales y Emociones, del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos, en los que trabajamos la cuestión alimentaria y las políticas de las sensibilidades, se discutirán los nexos entre la intervención estatal, el hambre y las emociones. Este trabajo pretende nutrir el intercambio y la construcción colectiva del conocimiento como una práctica recíproca. Tal como se cristaliza en el Boletín Onteaiken sucesivas generaciones de investigadores e investigadoras problematizamos, desde distintas aristas, la expropiación de las energías que estructura los recorridos biográficos amplios sectores sociales en condiciones de pobreza y de hambre.

Procesos de desposesión: la depredación de la vida

El hambre es un elemento nodal de los procesos de estructuración neocolonial que se fundamentan en la depredación de los bienes comunes y en la expropiación de las energías corporales (Scribano, Eynard y Huergo, 2010; Scribano, 2015b). Para el imperialismo económico la producción, distribución y el consumo de los alimentos constituyen fenómenos dirigidos al interés financiero de una minoría; por ello, el hambre es producto del colonialismo deshumanizado en la explotación de las riquezas naturales con procesos devastadores (De Castro, 1955).

¹ CONICET-UNMDP; CIES. E-mail de contacto: msordini@mdp.edu.ar



En el contexto mundial, desde los años setenta, la disponibilidad de alimentos ha ido en aumento. Sin embargo, la disponibilidad no garantiza el acceso y las condiciones de desigualdad sostienen que diversos países sigan soportando la escasez de alimentos y la insuficiencia de nutrientes. En las lógicas de acumulación vigente los alimentos son mercancías y en las sociedades urbanas el acceso a los alimentos se condiciona según el poder adquisitivo de las personas en el mercado. Tanto los precios de los alimentos como los ingresos disponibles son determinados por las leyes del mercado y regulados por la intervención estatal (Grassi, Hintze, Neufeld, 1994; Aguirre, 2005). En este escenario cobra centralidad en la problemática alimentaria el aumento del precio de los alimentos, particularmente, durante el siglo XXI, debido al aumento de la población, el aumento de los ingresos medios que interviene en la composición de las dietas, la revolución forrajera, el cambio climático, la producción de agrocombustibles y la especulación financiera volcada a las commodities (Aguirre, 2015)

Desde hace cincuenta años se están modificando las estrategias alimentarias, con un aumento del consumo de proteínas de origen animal, en los países en los que aumentaron los ingresos medios. Mientras que a inicios del siglo XX, sólo el 10% de la tierra cultivada del planeta estaba destinada a alimentar animales, a inicios del siglo XXI esa extensión se cuadruplica. En el caso de Argentina, en la actualidad un 60% de la tierra se cultiva para alimentar animales (Aguirre, 2015). Aumentar la productividad por hectárea es la lógica del capital ante el aumento de la demanda y la finitud del planeta, a pesar de los altos costos ecológicos que implica la expansión de los monocultivos y la deforestación. En este contexto se profundizan las dificultades que presenta el cambio climático mediante la acidificación de los mares, sequías, heladas o excesos de lluvias en regiones productoras de alimentos (Aguirre, 2015).

En Argentina el proceso de sojización ascendió de 13 a 20 millones de hectáreas en la primera década del milenio, y ocupó en 2012 el 56% de la superficie cultivada (Aguirre, 2015). El cultivo de soja transgénica, basado en el uso de químicos y manipulación genética de las semillas implica un aumento exponencial de la capacidad extractiva de los nutrientes del suelo. Su actividad implica la intensificación de la degradación del suelo y además, la exportación de agua y nutrientes (Machado Araoz, 2014). De esta manera, la depredación de los bienes ambientales globales (tierra, aire, agua) y la proliferación de la degradación ambiental es el resultado de la transformación de la naturaleza en mercancía (Harvey, 2005).

Las lógicas de producción de los agroalimentos dan cuenta de fenómenos de privatización y de apropiación diferencial a través del patentamiento de saberes y prácticas que también constituyen a los bienes comunes (Zanotti y Eynard, 2010). El conocimiento y el saber-hacer que permitirían producir las semillas genéticamente modificadas se mantienen restringidos y monopolizados por el capital. Siguiendo a los autores, el modelo de producción de agroalimentos implica la concentración y oligopolio que, además, impactan en la pérdida de biodiversidad. De esta manera, el capital genera control y dependencia entre los agentes intervinientes. Este modelo de producción implica la exportación de insumos sin valor agregado, donde el modelo propende a la “concentración de la tierra, el despoblamiento del campo y una agricultura sin agricultores” (GRR, 2002 citado en Zanotti y Eynard, 2010: 95).

Tal como sostienen Cabral, *et al.* (2011), la consecuencia directa de la mercantilización de la tierra y de las modalidades extractivistas es la disminución del número de trabajadores rurales, el desplazamiento migratorio causados por la avanzada sojera, la expropiación de tierras, desmontes de bosques autóctonos, etc. Se trata de



mecanismos de acumulación por desposesión (Harvey, 2005) en los que se suprime el derecho a los bienes comunes, se privatiza la tierra, se expulsa a las poblaciones. En estos contextos el Estado respalda, promueve y sostiene dichos procesos a partir de su definición de legalidad y el monopolio de la violencia (Harvey, 2005)

De esta manera, la fantasía de la “Argentina rica y agroexportadora” no sólo torna soportable la desposesión, sino que consagra el lugar de lo particular como un universal e imposibilitan la inclusión del sujeto en los terrenos fantaseados (Scribano, *et al.*, 2010). Así, se ocluye el conflicto del hambre como fantasma. En la Argentina impera un abismo entre una producción y exportación mundial superavitaria de alimentos y la sombría situación de malnutrición y hambre de amplios sectores sociales (Zanotti y Eynard, 2010). Desde los años setenta el país atraviesa un proceso de empobrecimiento progresivo en el que los indicadores de desocupación y pobreza no han dejado de crecer (Gasparini *et al.*, 2019). Desde los años ochenta la fundamentación de la emergencia alimentaria estructuró la implementación de múltiples y sucesivos programas alimentarios destinados a las poblaciones en condiciones de pobreza. La vigencia permanente de dichos programas, no sólo da cuenta de que el problema alimentario persiste en el déficit y carencia de las energías para amplios sectores sociales sino que, testimonia la ineficiencia de su intervención. O, mejor dicho, cristaliza la disponibilidad y distribución de las energías que los procesos de acumulación por desposesión requieren para su reproducción.

Los fantasmas y fantasías sociales operan permanentemente, constituyen al habitus y se hacen prácticas naturalizadas que normatizan y organizan la alimentación cotidiana. Cada plato de comida cristaliza múltiples relaciones sociales de producción, distribución, comercialización y consumo de alimentos. Para cada plato de comida se habilitan y des-habilitan determinados nutrientes de acuerdo a las posibilidades de acceso a los mismo que mapea una geopolítica de la expropiación excedentaria de las energías. Como sostienen Scribano, *et al.* (2010) los órdenes imperiales requieren de una estrategia respecto a la disponibilidad social de los individuos y respecto a su “aporte” al orden imperial que implica una política de los cuerpos. Ello merece preguntarnos ¿cuál es la distribución de las energías que como sociedad somos capaces de soportar?

Energías corporales y horizontes posibles de acción

La apropiación de las energías para la reproducción de la vida limita las posibilidades de acción, de reflexión y de desplazamiento social. En este contexto, el hambre se constituye como un hecho social.

La demanda de hombres regula necesariamente la producción de hombres, como ocurre con cualquier otra mercancía. Si la oferta es mucho mayor que la demanda, una parte de los obreros se hunden en la mendicidad o mueren por inanición. La existencia del obrero está reducida, pues, a la condición de existencia de cualquier otra mercancía (Marx, 2011:23)

En la lógica del capital, en la que cada persona es mercancía, se vuelve imprescindible la regulación de las sensaciones. Es inherente a los engranajes del capitalismo anular la sensación de que la vida es un conjunto de cosificaciones de lo experimentado y que ello implica la expropiación de la propia existencia. Entonces, analizar los patrones de dominación y las lógicas de expropiación de las energías requiere observar las distancias maneras en que la sociedad se impone sobre los cuerpos, cómo los interviene (cuáles son las formas y modelos corporales) y de qué manera se disponen las energías biológicas y sociales (Scribano, 2012). La energía social se constituye por la energía corporal y “es la



potencia para planear, ejecutar y resolver las consecuencias de la acción de los agentes” (Scribano, Huergo y Eynard, 2010:27)

De esta manera, la distribución y apropiación desigual de nutrientes incide en la potencialidad de los cuerpos para el despliegue de la vida en tanto agentes sociales. Los cuerpos y las emociones se encuentran ligados en su conexión con el ambiente y las condiciones materiales de vida. Como consecuencia de la lógica del proceso de acumulación la energía de la naturaleza y la vida humana son mercancía. La depredación del capital, al absorber de manera sistemática las energías, se inscribe en las biografías sociales y moldea las posibilidades de desplazamiento social y de agencia; este aspecto constituye una renovada manera de explotación. La distribución de las energías marca a los cuerpos, a las maneras del sentir, interviene sobre los modos de definir el estar-en-el-mundo, las percepciones sobre el propio cuerpo y el cuerpo de los otros.

La matriz analítica de la sociología de los cuerpos/emociones contribuye a pensar las conexiones entre las formas de los cuerpos y las gramáticas de la acción, que son parte de la dominación neo-colonial en los países de América Latina. De esta manera, la disponibilidad y distribución de las energías mapea una geopolítica del hambre en la que se ubican los cuerpos de amplios sectores sociales que no comen lo que les gusta o lo que saben, sino comen lo posible (Aguirre, 2005).

El hambre constituye un fenómeno de diversos matices. Las carencias de nutrientes que experimentan las personas en el plano biológico refieren a las distintas policromías del hambre. Josué De Castro (1955) utiliza el concepto de *hambre oculta* para referirse a las carencias de nutrientes imperceptibles que se ocluyen en cuerpos fornidos, que consumen productos alimenticios continuamente, pero deficientes en determinadas proteínas, grasas, sales minerales y vitaminas esenciales en medio de la abundancia de otros micronutrientes. Algunos determinantes del hambre oculta se relacionan con la monotonía alimenticia y el uso general de los alimentos concentrados, purificados o refinados, ya que estos contienen altas dosis de principios energéticos (hidratos de carbono o grasas) (De Castro, 1955).

Los datos de la última Encuesta Nacional de Nutrición y Salud en Argentina realizada en 2019 indican que el sobrepeso y la obesidad son las formas más frecuentes de malnutrición en Niños, Niñas y Adolescentes (NNyA). Para la malnutrición por déficit, los datos indican que la prevalencia de emaciación, bajo peso y delgadez en todos los grupos es baja desde una perspectiva poblacional. La baja talla fue mayor en la población en situación de vulnerabilidad social para todas las edades (MS, 2019). En relación con otros estudios previos realizados en el país, se observa que la baja talla y el bajo peso se mantienen en valores relativamente estables y se relacionaron de manera inversa al nivel socioeconómico no así el sobrepeso y la obesidad que fueron similares para todos los niveles de ingreso para NNyA (MS, 2019). Se recuperan estos datos porque la edad escolar y la adolescencia son etapas cruciales para la configuración de los hábitos alimentarios y estilo de vida que persistirán en etapas posteriores, con repercusiones en la edad adulta e, incluso, en la ancianidad (Aranceta, et al, 2005). Así, la malnutrición por exceso configura a los cuerpos de las generaciones futuras que mapearán los horizontes de acción posibles, según las energías que puedan comprar para comer, de acuerdo a su condición, posición y disposición social (*sensu* Bourdieu).

En las corporalidades se manifiestan tres indicadores que señalan la dominación e indican el enclasmamiento social. En primer lugar, la autopercepción de cómo veo que me ven los otros (cuerpo imagen), en segundo lugar, el proceso de cómo siento-naturalmente el mundo (cuerpo piel) y finalmente, las posibilidades de acción de los agentes (cuerpo movimiento) (Scribano, 2012). Esta dialéctica se entrama con la distribución de las



sensaciones en el capital corporal, es decir, con las condiciones de existencia alojadas en el cuerpo individuo, cuerpo subjetivo y cuerpo social y, con el hambre individual, subjetiva y social (Scribano, Huergo y Eynard, 2010; Scribano y Eynard, 2011)

El hambre individual configura cuerpos débiles a partir del déficit de micronutrientes y vitaminas que dejan marcas corporales en el desarrollo óseo, de la dentadura y en los esquemas de cognición. Los cuerpos malnutridos entablan relaciones sociales débiles que se estructuran en la autopercepción y en la relación con los/as otros/as y constituyen a los procesos de socialización en espacios con determinadas condiciones de venta y uso de la fuerza de trabajo. Esas relaciones sociales marcarán en las biografías determinadas trayectorias de vida que esbozarán el desplazamiento social y la regionalización de la vida en el hambre social.

De esta manera, la co-constitución entre cuerpo individuo y cuerpo imagen, cuerpo subjetivo y cuerpo piel, cuerpo social y cuerpo movimiento atravesados por los distintos tipos de hambre marcan la configuración de los cuerpos/emociones (Scribano, 2012). El hambre se inscribe en las biografías y en las trayectorias de vida de los cuerpos que tienen obturadas la reproducción de la vida a partir de la expropiación desigual de los bienes comunes y de las energías. Los cuerpos débiles narran el mundo desde el hambre, tejen lazos sociales desde los esquemas de clasificación y visión del mundo (Bourdieu, 1999) a partir de la falta y la carencia. Entonces, sin alimentos no hay energías corporales para una autonomía con posibilidades de presentación y desplazamiento social. Este modo de expropiación y explotación neocolonial tiene su efectividad, entre otros factores, porque interviene en la regulación de las sensibilidades y opera a través de mecanismos de soportabilidad social que los y las agentes despliegan para resistir al conflicto del hambre.

Políticas sociales y emociones

La lectura sociológica sobre la cuestión alimentaria en tanto cuestión social permite identificar los medios de cohesión y regulación social a través de los cuales se superan, se mitiga, se re-configura o se profundiza el conflicto del hambre. El estudio de las políticas sociales desde el prisma de la sociología del cuerpo y las emociones constituye el nodo analítico sobre las modalidades en las que el capitalismo garantiza su persistencia con altos índices de pobreza y condiciones de desigualdad. Las políticas de los cuerpos y de las sensibilidades (Scribano y De Sena, 2018; De Sena y Scribano, 2020) constituyen un acceso a pensar a las políticas sociales en vinculación con el modelo de acumulación capitalista y neo-colonial. Este abordaje se desarrolla desde el Grupo de Estudios sobre Políticas Sociales y Emociones que también contribuyó a los intercambios y debates que se traman en las publicaciones del Boletín Onteaiken (Cena y Dettano, 2019).

Entonces, las políticas sociales hacen sociedad porque intervienen sobre, y son el resultado, de modelos de acumulación y estructuración social y, porque producen efectos en otros ámbitos de la vida asociados tanto a lo simbólico como a lo cognitivo-afectivo (De Sena y Mona, 2014). Si bien las políticas sociales intervienen sobre las condiciones de producción y reproducción de la vida (Danani, 2009), exceden lo material porque manifiestan implicancias en los procesos de conformación de las subjetividades de los/as agentes y, junto con ello, la conformación de sus emociones, sensaciones, percepciones y estructuras de sensibilidad (De Sena, 2016).

En este apartado se propone una mirada sobre el conflicto del hambre como cuestión social (Castel, 1997) a la que intervienen las políticas alimentarias. Como se mencionó en otros trabajos, desde los años ochenta la cuestión alimentaria tiene una



presencia permanente y de carácter de emergencia en las políticas sociales (Sordini, 2016). De esta manera, dichas políticas han interviniendo sobre la alimentación de cuatro generaciones en condiciones de pobreza (Sordini, 2020). Este abordaje abre el análisis desde y hacia las políticas alimentarias y, tiene como nodo central a las sociabilidades que se configuran en dichas intervenciones, las maneras de vivenciarlas y las sensibilidades asociadas a esas experiencias.

Las políticas alimentarias, en tanto políticas sociales, son performativas porque en sus clasificaciones del mundo y sus definiciones de la problemática social subyacen las soluciones posibles, las acciones esperables de los/as destinatarios/as para mantener la prestación y los/as responsables de las problemáticas. Así, la intervención de las políticas sociales prescribe prácticas del saber-hacer en los esquemas de sociabilidad configurando sensibilidades (De Sena, 2016; Cena y Dettano, 2019).

Entonces, a partir de los requisitos de focalización, en las modalidades de prestación y las condiciones para mantenerse y/o egresar del programa se configuran prácticas en los destinatarios que contornean las maneras de ser titular de un programa (Cena, Dettano y Chahbenderian, 2014). Las intervenciones alimentarias también delimitan los modos de experimentar el hambre y de ser y estar con otros desde las prácticas alimentarias y las formas de comensabilidad (Boito y Huergo, 2011). De esta manera, las políticas alimentarias re-configuran las prácticas de comensalidad, definen los alimentos posibles y tejen tramas de relaciones sociales que construyen sensibilidades alrededor de la necesidad individual y colectiva de comer.

La emergencia alimentaria inaugura, desde los años ochenta, a la era gastronómica de las políticas sociales (Sordini, 2018) que contienen al problema alimentario desde una intervención asistencial, paliativa, fragmentada y masiva. Estas intervenciones contornean los espacios de acción y configuran las respuestas posibles a la urgencia alimentaria mediante prácticas de auto-organización y auto-responsabilización de los y las agentes intervenidos/as. En las páginas del Boletín Onteaiken se esbozan estudios empíricos que profundizaron su análisis en las estrategias que se despliegan en comedores comunitarios (Huergo y Eynard, 2011) y en las prácticas del comer de destinatarios/as de programas de transferencias de ingresos (Mairano, 2019).

Los comedores comunitarios se constituyeron como eje estructurador en la organización cotidiana de la alimentación de los hogares en situación de pobreza. Si bien emergieron como una acción espontánea para paliar las necesidades alimentarias en un contexto de crisis social, con el paso de los años institucionalizaron los solidarismos y solidaridades que se organizan para aliviar el conflicto del hambre. Desde hace más de tres décadas múltiples programas alimentarios prestan apoyo técnico y financiero y, otorgan el acceso a determinados alimentos que configuraron preparaciones posibles.

La apertura de los comedores comunitarios marcó la emergencia de nuevos fenómenos alrededor de la comida y de la participación social de la mujer (Huergo y Eynard, 2011). Principalmente, desde los años noventa, se consolidó un cambio en los actores responsables de la comida familiar. Las mujeres encargadas de los comedores comunitarios protagonizaron las estrategias de acceso a los alimentos tomando el rol de decisoras, proveedoras y dadoras (Huergo y Eynard, 2011). Aquí, el nexo entre políticas sociales y emociones permite profundizar sobre cómo las intervenciones contornean comportamientos de las personas titulares, en tanto mujeres-madres responsables de los cuidados, a partir de las condicionalidades exigidas (Cena, 2017). Estos aspectos implican a los *usos políticos del hambre*, que constituyen un modo de estructurar las emociones y las sensibilidades a partir del hambre como nodo cognitivo-emocional en la política de los cuerpos.



En esta línea, el trabajo de Huergo y Eynard (2011) hace hincapié en las prácticas de auto-organización y auto-responsabilización por parte quienes tienen hambre y, en las prácticas instrumentales de los actores que gestionan e implementan los programas alimentarios. Las mujeres responsables de comedores articulan sus decisiones a partir de las necesidades de su hogar, de las prestaciones estatales, de los requisitos de acceso a los programas alimentarios, de las pautas de las organizaciones barriales, religiosas, no gubernamentales y/o partidarias. Ello implica el despliegue de prácticas del saber-hacer para dar respuesta a la necesidad colectiva de comer; las mujeres se forman en la organización comunitaria. En este sentido, en la implementación de los programas alimentarios para comedores subyacen significados y sentidos sociales anclados en la dimensión normativa, expresiva y política de esos contextos que indican las normas emocionales aceptables y aceptadas (Hochschild, 1975). Se configuran maneras de ser, hacer y sentir la responsabilidad y la organización comunitaria. En algunos casos las mujeres “adoptan un papel de auditoras de las economías familiares, tal como el Estado las audita a ellas en la administración de los recursos públicos” (Huergo y Eynard, 2011:65). En este contexto, la privación de los sentidos inmediatos, como comer, es inherente a la más moral de las ciencias, la economía (Marx, 2011). Por ello, administrar los recursos públicos implica realizar preparaciones que optimicen el aprovechamiento de las energías disponibles.

En una espiral moralizante los sectores sociales en condiciones de pobreza despliegan múltiples estrategias de sobrevivencia alimentaria que garanticen su reproducción. La vida diaria transcurre entre los límites de lo insuficiente para vivir. Como sostiene Mairano (2019) las personas destinatarias de programas sociales vivencian sus prácticas alimentarias con incertidumbre, bronca, rabia, angustia porque los recursos no alcanzan para comer y, entre sus principales estrategias de gestión del acto alimentario se ubica la concurrencia a comedores comunitarios. El trabajo diario que implica garantizar, en muchos casos, la principal comida del día implica esquemas de percepción del mundo, de sociabilidades y maneras de vivir la pobreza y el hambre que configuran tramas de sensibilidades: complejas, contradictorias y tensionadas (Sordini, 2020). Se tejen desde la frustración a la esperanza; desde la indignación y la tristeza hacia el amor por el otro en actos de reciprocidad (Sordini, 2020). Entre la expropiación de las energías, los perversos mecanismos de desposesión y las pasiones tristes (*sensu* Spinoza) aparecen también las prácticas de reciprocidad que emergen en los intersticios de lo que todavía no es mercantilizado.

Consideraciones Finales

A partir de la revisión bibliográfica que hilvana el trabajo de sucesivas generaciones de investigadores e investigadoras que transitaron el Boletín Onteaiken se cristaliza el engranaje que interrelaciona desde distintas aristas el interés por la problemática alimentaria.

La disponibilidad social de los cuerpos y sus horizontes de acción se tensionan con la mercantilización de la vida. El mantenimiento y reproducción de la vida y de la fuerza de trabajo de amplios sectores sociales presenta una continuidad histórica ininterrumpida de políticas sociales como dispositivos para la integración social. Entre los efectos más contundentes de las políticas sociales se ubica el mantenimiento de los sujetos en los límites energéticos y nutritivos básicos para su sobrevivencia (Scribano y De Sena 2013). Así, se garantiza al capital trabajadores con las energías suficientes para realizar determinados tipos de fuerza de trabajo. Por ello, problematizar en torno a la



disponibilidad y distribución de las energías conlleva a pensar en la trama de sensibilidades que sostiene y hace soportables los perversos niveles de desigualdad.

Las intervenciones estatales, focalizadas en la pobreza, son performativas y moralizantes porque configuran modos de habitar el mundo desde la falta y la carencia alimentaria. En este contexto, las experiencias diarias de los y las destinatarios de los programas alimentarios se estructuran sobre la incertidumbre que genera la necesidad de “no tener para comer”. El despliegue de múltiples estrategias de sobrevivencia como los diversos tipos de trabajo informal, la compatibilidad de múltiples programas sociales al interior del hogar, las redes de solidaridad comunitaria y la participación de espacios de organización social proveen de recursos y capitales para servir la mesa diaria y comer. La lucha diaria por comer implica una conflictividad que en el tiempo y en el espacio alcanza en la actualidad a cuatro generaciones de destinatarios de programas alimentarios (Sordini, 2020).

Los procesos de socialización para garantizar el ingreso y la permanencia en los programas alimentarios implican estrategias, roles y tareas que en el interior del hogar y en el espacio comunitario garantizan el acceso a los alimentos y preparaciones posibles. El aprendizaje de estas prácticas se inscribe en los cuerpos (Bourdieu, 1999) y se transmite como un legado intergeneracional. La compleja trama de sensibilidades se tensiona entre los *usos políticos del hambre* (Huelgo y Eynard, 2011) que requieren de la auto-responsabilización y auto-organización de la necesidad colectiva de comer. Por un lado las políticas de individuación, que requieren de la activación y responsabilidad individual, pretenden en los y las destinatarios/as la resolución de procesos estructurales de desposesión. Sin embargo, es en las tramas comunitarias donde se forja la resistencia y la soportabilidad a la condición de hambre. Si bien la vigencia permanente de comedores comunitarios fue institucionalizada por la política alimentaria, constituye también un espacio que es transitado, en algunos intersticios, en común-unidad porque allí predomina un “nosotros/as” como sujeto de acción, en el que lo “común” desplaza la posesión individual. Es en las prácticas de reciprocidad, donde emergen los intersticios de lo que todavía no fue mercantilizado, donde se entran sensibilidades que hacen resistencia a una sociedad en la que el hambre es la política.



Referencias Bibliográficas

- AGUIRRE, P. (2005). *Estrategias de consumo: qué comen los argentinos qué comen*. Buenos Aires: Mino y Dávila.
- (2015). La situación mundial. En: Aguirre, P., Díaz Córdova, D y Polischer, G. *Cocinar y Comer en Argentina Hoy* (pp.23-32). Buenos Aires: Sociedad Argentina de Pediatría.
- ARANCETA J, PÉREZ RODRIGO C. y RIBAS BARBA, L. (2005) “Epidemiología y factores determinantes de la obesidad infantil y juvenil en España”. *Revista Pediatría Atención Primaria*.7(Supl 1).13-20.
- BOITO, M. E. y HUERGO, J. (2011). El hambre como punto de origen y de llegada de las políticas alimentarias vigentes. *Boletín Científico Sapiens Research*, 1 (2), 49-53.
- BOURDIEU, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*, Barcelona: Anagrama.
- CABRAL, X., IBÁÑEZ, I. y SORRIBAS, P. (2011) “Mediaciones estatales ante la protesta social en contextos de depredación y expropiación neocolonial”. *Boletín*

- Onteaiken del Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social* No 11, 50-60.
- CASTEL, R. (1997). *Metamorfosis de La Cuestión Social*. Buenos Aires: Paidós.
- CENA, R., CHAHBDENRIAN, F., y DETTANO, A. (2014). “Estado, políticas sociales, políticas de la felicidad, intervención e inclusión.” En Sánchez Aguirre (Comp.) *Los estudios Sociales sobre cuerpos y emociones en Argentina: Un estado del arte*. Buenos Aires, (pp. 45-68).
- CENA, R., y DETTANO, A. (2019). “Políticas Sociales, sensibilidades, cuerpos y emociones: los recorridos de una perspectiva. Aproximaciones teórico-metodológicas”. *Boletín Onteaiken del Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social* No 28 I-X
- CENA, R. (2017). “Programas de Transferencias Condicionadas de Ingresos en Argentina: tensiones entre la provisión del bienestar y los cuidados.” *Encrucijadas-Revista Crítica de Ciencias Sociales*, (14), 1406
- DANANI, C. (2009). “La gestión de la política social: un intento de aportar a su problematización.” En Chiara, M y Di Virgilio, M (org.) “*Gestión de la política social. Conceptos y herramientas*” (pp. 25-51) Buenos Aires: Ed. Prometeo.
- DE CASTRO, J. (1955). *Geopolítica del hambre*. Buenos Aires: Editorial Raigal.
- DE SENA, A. y MONA, A. (2014). “A modo de introducción: la cuestión social, las políticas sociales y las emociones.” En De Sena, A. (Ed.) *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción* (pp. 9 -18). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Estudios sociológicos editora.
- DE SENA, A. y SCRIBANO, A. (2020). “Social Policies and Emotions: A Look from the Global South.” In *Social Policies and Emotions*. Palgrave Macmillan, Cham.
- DE SENA, A. (2016). “Políticas Sociales, emociones y cuerpos” *RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 15 (44), 173-185.
- GASPARINI, L., TORNATOLLI, L. y GLUZMANN, P. (2019). *El desafío de la pobreza en Argentina. Diagnóstico y perspectivas*. Buenos Aires: CEDLAS, CIPPEC, PNUD.
- GRASSI, E., HINTZE, S. y NEUFELD, M. (1994). *Políticas sociales, crisis y ajuste*. Buenos Aires: Espacio Editorial
- HARVEY, D. (2005) *El nuevo imperialismo: acumulación por desposesición*. Buenos Aires: Clacso.
- HOCHSCHILD, A. R. (1975). “The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities.” En Millman , M.& Kanter, R. M. (Ed.). *Another Voice. Feminist perspectives on social Life and Social Science* (pp. 280-307). Nueva York: Anchor Books,
- HUERGO, J. y EYNARD, M. (2011) La Amistad: primer comedor comunitario de Villa La Tela (Córdoba). Su creación, devenir e impactos comunitarios. *Boletín Onteaiken del Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social* No 11. 61-68
- MACHADO ARÁOZ, L. (2014). “La colonialidad del progresismo extractivista: el caso argentino. Radiografía ecobiopolítica de “la década ganada”.” En: Gandarillas, M. A., Milanez, B. Wagner, L. Sandá Mera, A. y Scandizzo, H. *Extractivismo: nuevos contextos de dominación y resistencias*. Cochabamba: Cedib. (pp. 67-102).



- MAIRANO, M. V. (2019) Comensalidades y emociones en torno a las prácticas del comer: un análisis a partir de receptores de programas sociales. *Boletín Onteaiken* No 28
- MARX, K. (2011 [1844]). *Manuscritos: económicos-filosóficos 1844*. La Plata: De la Campana.
- MINISTERIO DE SALUD (2019). 2da. Encuesta Nacional de Nutrición y Salud. Resumen Ejecutivo. Disponible en: http://www.msal.gob.ar/images/stories/bes/graficos/0000001565cnt-ennys2_resumen-ejecutivo-2019.pdf (Acceso 3/11/2020)
- QUATTRINI, D. (2015) “10 Años de trabajo. Algunas notas sobre la sociología de los cuerpos, las emociones, las memorias y el accionar colectivo” *Boletín Onteaiken sobre Prácticas y Estudios de Acción Colectiva* No 28, 61-67
- SCRIBANO, A. y DE SENA, A. (2013) “Los planes de asistencia social en buenos aires: una mirada desde las políticas de los cuerpos y las emociones” *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 59. pp. 1-25
- (2018). “La ayuda como eje central de las políticas de la sensibilidad de las transferencias condicionadas de ingresos.” En De Sena, A. (Comp.) *La Intervención Social en el inicio del Siglo XXI: Transferencias Condicionadas en el Orden Global* (pp. 253-283). Buenos Aires: ESEditora.
- SCRIBANO, A., EYNARD, M. y HUERGO, J. (2010). Alimentación energía y depredación de los bienes comunes: la invisibilidad de la expropiación colonial. *Onteaiken. Boletín sobre Prácticas y Estudios de Acción Colectiva*. 9(5), 26-45.
- SCRIBANO, A. y EYNARD, M. (2011). “Hambre individual, subjetivo y social (reflexiones alrededor de las aristas límite del cuerpo)” *Boletín Científico Sapiens Research*, 1,(2), 65-69.
- SCRIBANO, A., HUERGO, J. y EYNARD, M. (2010). “El hambre como problema colonial: fantasías sociales y regulación de las sensaciones en la Argentina después del 2001” En Scribano, A. y Boito, E. (Comps.) *El purgatorio que no fue. Acciones profanas entre la esperanza y la soportabilidad*. Buenos Aires: CICCUS. Pp.23-52
- SCRIBANO, A. (2012). “Sociología de los cuerpos/emociones” *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), 93-113
- (2015) “Sociabilidades, vivencialidades y sensibilidades: aproximar, alejar, suprimir”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. 7(17)4-8
- (2015b). “Pensar los cuerpos del futuro: Apuntes sobre los “Límites” (En el siglo XXI) de esa cosa llamada cuerpo”. En Carcelén, C. *Justicia, Derecho y Sociedad: Debates interdisciplinarios para el análisis de la Justicia en el Perú*. (pp. 411 – 430) Lima: Centro de Estudios Constitucionales
- SORDINI, M. V. (2016). “La cuestión alimentaria como cuestión social. Los programas alimentarios implementados entre 1983 y 2001 en Mar del Plata, Argentina.” *Revista Azarbe. Revista internacional de trabajo social y bienestar*.(5), 49-58 Universidad de Murcia, España.
- (2018). “¡Nació con un PAN bajo el brazo! La transición a la democracia: entre el derecho y el subsidio a la alimentación.” *Unidad Sociológica* Número 12, Año 3. 58-67



- (2020) Políticas alimentarias, Emociones y Sociedad. Tres generaciones receptoras de programas alimentarios en el Partido de General Pueyrredón entre 1983 y 2018. Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires.
- SPINOZA, B. (1996). Del origen y de la naturaleza de los afectos. En: Calhoun, C. y Solomon, R . ¿Qué es una emoción? Lecturas clásicas de psicología filosófica. México: Fondo de Cultura Económica.
- ZANOTTI, A., & EYNARD, M. (2010). “¿Horizontes comunes? Algunas homologías entre las lógicas de producción del software y los alimentos”. *Boletín Onteaiken del Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social*, 9, 92-104.

